

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la gran solici- tud que habeis mostrado en favor de nuestros intereses temporales; concedednos que merezcamos, por el fervor de nuestras oraciones, los bienes necesarios á nuestra vida, y sobre todo haced que usemos de ellos para mayor gloria vuestra.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *asistiré con devocion á las procesiones de las rogativas.*

LECCION XLII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

La Ascension. — Objeto de esta fiesta. — Necesidad de la Ascension del Salvador. — Su historia. — Huellas de los piés del Salvador. — Motivos de alegría en el dia de la Ascension. — De qué modo debe celebrarse esta fiesta. — Su armonia con la estacion.

I. La Ascension. — Hemos visto como el Hijo de Dios bajó del cielo, nació, vivió y murió por rescatar al hombre y reparar su obra menoscabada por el pecado original. Habian pasado cuarenta dias desde que el divino Reparador habia probado, hasta á los mas incrédulos, la resurreccion. En su mano estaba el abreviar su estancia en la tierra para descansar de los trabajos de su humanidad; pero su amor para con nosotros le hacia permanecer ausente de la morada de los Ángeles: tomárasele por un príncipe desterrado que, revocado ya el decreto de proscripcion, no queria, sin embargo, regresar todavía á su país natal, porque durante su destierro se habia acostumbrado á amar á los hombres con quienes habia padecido¹.

Si hoy se separa de nosotros, es tambien por causa de su amor. El noble vencedor va á tomar posesion del reino conquistado con su sangre, para colocar en seguida á la humanidad sobre el trono de la gloria inmortal. ¿Quereis presenciar el cumplimiento de este misterio que corona la obra de la redencion? pues venid conmigo á Jerusalem.

Mirad al Salvador rodeado de sus discípulos, en las inmediaciones de Bethania, de aquel pueblo situado en la falda del monte Olivete, á unos quince estadios de Jerusalem, de donde salió el Hombre-Dios para hacer su entrada triunfante en la ciudad deicida. Una piadosa tradicion nos dice que fué allí para despedirse de sus amados huéspedes, Lázaro, Marta y María, que moraban en Bethania². En compañía de estos sube á aquella montaña, testigo poca há de su agonía: descubriréisla desde el camino, yendo de Jerusalem á Jericó; es la mas alta de las inmediaciones de la ciudad de David; su falda está cubierta de verdura, su cumbre coronada de vides y olivos. Al llegar á la cúspide, el Hijo de Dios se para y dice á sus

¹ Cuadro poético de las fiestas, pág. 220

² Corn. à Lapid. in ultim. cap. Luc.

discípulos colocados á su alrededor : « Se me ha dado toda potestad » en el cielo y en la tierra ; id, pues, en mi nombre por todo el mundo » y predicad el Evangelio á toda criatura : enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumacion de los siglos¹. »

Y al mismo tiempo les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras, y viesen que todo cuanto los Profetas habian predicho con respecto á Jesucristo, se habia cumplido en su persona. « Vosotros sois testigos de todas estas cosas, añadió ; no las olvidéis. » Voy á enviar sobre vosotros el don de mi Padre que se os ha prometido ; mas vosotros permaneced aquí en la ciudad hasta que seáis vestidos de la virtud de lo alto². » Para consolarles de su partida y manifestarles que su amor para con ellos era el móvil de todas sus acciones, les dice : « Conviene á vosotros que yo me vaya ; porque si no me fuere, no vendrá sobre vosotros el Espíritu consolador³. » ¡Pues cómo ! Salvador mio, ¿ será que vuestra presencia sensible sirva de obstáculo á las comunicaciones del Espíritu Santo ? Así parecen indicarlo vuestras palabras ; ¿ cuál es, pues, su significacion ?

Al principio fué necesario desapegar á los Apóstoles del amor á las cosas sensibles por medio del amor á la presencia sensible del Hijo de Dios encarnado. Pero si el Salvador les aficionó por algun tiempo á su presencia visible, fué con el único objeto de acostumarles insensiblemente al amor de la justicia, de la verdad, de la caridad, de la humildad y de todas las demás virtudes acerca de las cuales les daba tan admirables preceptos y tan insignes ejemplos. El amor sensible de Nuestro Señor es útil y hasta necesario á los principiantes ; pero al fin llegaria á ser perjudicial á los que han de pasar de la infancia espiritual á una edad y á un estado mas perfectos, en los cuales deben amar á Jesucristo como Dios, como verdad eterna, como justicia y santidad incorruptibles. Por esto era necesario que Jesucristo subiese á los cielos, pues de otro modo los Apóstoles no hubieran podido amarle con un amor puramente espiritual, ni por consiguiente recibir su Espíritu Santo⁴.

Por fin, llega el momento supremo : el Preceptor del género humano va á privar al mundo de su presencia visible ; los divinos labios que han instruido al universo van á cerrarse. Era un jueves á mediodía, cuarenta dias despues de la resurreccion⁵ : el Salvador,

¹ Matth. xxviii, 18-20.

² Luc. xxiv, 48 et 49.

³ Joan. xvi, 7.

⁴ Tomasino, *Celebracion de las fiestas*.

⁵ *Constit. apost.* lib. VI, c. 19.

volviendo por última vez sus divinos ojos á su Madre y á sus discípulos, extendió la mano, los bendijo y se elevó en medio de ellos. Así como en su resurreccion habia salido del sepulcro por su propio poder, así tambien en la ascension se elevó por sí mismo, sin que como Elías tuviera necesidad de un carro de fuego, ni de Ángeles, ni de otro auxilio alguno. Una nube resplandeciente le rodeó, y montado en este nuevo carro triunfal desapareció en breve de la vista de todos.

Mirando estaban aun los discípulos al cielo, cuando se les aparecieron dos Ángeles en figura de hermosos mancebos y les dijeron : « Varones galileos, ¿ qué estais mirando al cielo ? este Jesús que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá, como le habeis visto ir al cielo¹. » Entonces los discípulos le adoraron inclinándose hasta el suelo, besaron las huellas de los piés, y volvieron gozosos á Jerusalem, donde permanecieron con la Virgen María, aguardando el cumplimiento de la promesa que el Señor les habia hecho, y alabando entre tanto á Dios en el templo. De este modo se realizó la partida del Hijo de Dios de esta tierra que con su mano poderosa habia criado el dia del nacimiento del mundo, y que habia regado con su sangre el dia de la redencion.

II. Huellas de los piés de Nuestro Señor. — En la parte mas culminante del monte Olivete, desde donde el Salvador subió al cielo, quedaron impresas las huellas de sus divinos piés en el lugar mismo en que tocó la tierra por última vez. ¡ Cuántos siglos, cuántas generaciones las han visto, las han besado con respeto, y regado con lágrimas de arrepentimiento y amor ! San Jerónimo, Sulpicio Severo, san Paulino de Nola, son testigos irrecusables de este hecho milagroso², y su autoridad está corroborada por la del gran Agustín : « Se va á Judea, dice el ilustre Obispo de Hipona, para adorar las huellas de los piés de Jesucristo, que se ven en el lugar desde el cual subió al cielo³. »

Durante el sitio de Jerusalem por Tito, el ejército romano estuvo por mucho tiempo acampado sobre el monte Olivete, sin que el movimiento de los soldados, ni los piés de los caballos, ni los trabajos del campamento para los cuales necesariamente habia que remover la tierra, pudiesen borrar aquellos sagrados vestigios. Estos se veian aun tan claramente en tiempo de la emperatriz Elena, madre de Constantino el Grande, que cuando esta piadosa Princesa hizo edificar la basilica de la Ascension en el lugar mismo desde el cual sabíase

¹ Act. i, 11.

² S. Hier. t. III, pág. 295 ; Sulp. Sev. *Hist. sacr.* lib. II, c. 48 ; S. Paulin. *Epist. XXX ad Sever.*, et S. Optat. lib. VI, pág. 55.

³ Ibi sunt vestigia ejus, modo adorantur, ubi novissime stetit, unde ascendit in cælum. (S. Aug. *Tract. XXXVII, in Joan.* § 4 ; Bened. XIV, pág. 332, n. 53.)

que Jesucristo había subido al cielo, aunque se intentó cubrir de mármol, como todo el resto del templo, las divinas huellas, no pudo conseguirse en manera alguna, pues todo cuanto se ponía encima era rechazado por un poder invisible, de suerte que fué preciso dejar aquel lugar á descubierto, tal como se había encontrado. Desde entonces aquel sitio fué uno de los objetos de mayor veneracion para los cristianos que de todas las provincias del Imperio y de las naciones extranjeras iban en gran número á visitar los Santos Lugares.

San Jerónimo refiere acerca del particular otro portentoso milagro. Dice el gran Doctor: « Cuando se quiso acabar el techo de la basílica » de la Ascension, no fué posible cerrar la parte de la bóveda que » correspondía perpendicularmente encima de las huellas del Salva- » dor. Por tanto, fué preciso dejar descubierto el espacio por el cual » se había elevado de la tierra y metido en la nube, pudiendo así los » fieles contemplar el camino que Jesucristo había seguido para subir » al cielo⁴. »

En este estado permanecían aun las cosas á fines del siglo VII, cuando un obispo de Francia, llamado Arculfo, visitó los Santos Lugares². En la edad media, el edificio fué arruinado por efecto de las guerras de los Sarracenos; por último, un viajero recién llegado de la Palestina dice lo siguiente: « En la cumbre del monte Olivete hay una » mezquita construida en el lugar mismo que antes ocupaba un magní- » fico templo edificado por santa Elena, en el sitio en que estuvo » Jesucristo cuando subió al cielo despues de su resurreccion. Esta » mezquita, que amenaza ruina, está rodeada de miserables casas » habitadas por turcos.

» En el centro, en una especie de capilla, se ve la huella impresa » en la roca por el pié izquierdo del Salvador, al tiempo que, partiendo » de la tierra, se remontó á los cielos. Se asegura que los Turcos sus- » trajeron la huella del pié derecho para trasladarla á la mezquita » del templo. La del pié izquierdo se conserva todavía muy visible, » aunque un poco gastada por efecto de los innumerables besos que » hace tantos siglos imprimen continuamente en ella los peregrinos, » y quizás tambien á consecuencia de algunos piadosos hurtos come- » tidos á despecho de una atenta vigilancia³. »

III. Entrada de Nuestro Señor en el cielo. — El Hijo de Dios, que acababa de dejar impresas en una peña las señales de sus piés, como un monumento eterno de su paso por esta tierra que había santificado con su sangre, encaminábase rápidamente hácia la Jerusalem celestial. Pero ¡qué ejército invisible, qué carros de fuego forman el

⁴ S. Hier. supra.

² Adamnam. in Act. SS. Benedict. lib. I, de locis sanctis.

³ Peregrinacion, t. I, pág. 287 y sig.

ornamento de su triunfo! Va acompañado de las almas de los antiguos Patriarcas, de los santos Profetas y de todos los hombres virtuosos, para los cuales el cielo había estado hasta entonces cerrado, y á quienes elevaba ahora consigo, llevando cautiva la misma cautividad. Todos aquellos cautivos, libres ya, seguían al Redentor en su triunfo, cantando su victoria. Jesús, despues de haberles arrancado del poder del demonio, los llevaba consigo al cielo como trofeos de su victoria, como ricos despojos conquistados á los enemigos, como precio de su sangre adorable, como ornamento y gloria de su triunfo. « ¡Qué » grande y magnífica procesion, á la que los Apóstoles todavía no me- » recían asistir! exclama san Bernardo⁴. »

De repente ábrense las puertas del cielo. ¡Quién será capaz de pintar el asombro de los Ángeles cuando vieron la naturaleza humana de Jesucristo elevada encima de ellos y colocada á la diestra del mismo Dios! cuando vieron que Jesucristo, que, como hombre, había sido ignominiosamente juzgado y condenado á muerte, era ahora reconocido por Señor de toda la creacion y Juez supremo de los hombres!

En este dia, pues, la Iglesia de la tierra, uniéndose á la Iglesia del cielo, celebra con enajenamiento el triunfo del que es Esposo y Cabeza suya. El oficio de la Ascension respira la mas viva alegría, y va acompañado de una procesion particular destinada á representar el tránsito de los Apóstoles de Jerusalem á Bethania, y de allí al monte Olivete para presenciar la subida de Nuestro Señor al cielo, y luego su regreso á Jerusalem, para prepararse en el retiro á recibir el Espíritu Santo. Por eso para hacer esta procesion debe aguardarse á la hora de Tercia, es decir, sobre las nueve de la mañana, porque á esta hora fué cuando el Salvador subió la santa montaña en compañía de sus discipulos.

El dia de la Ascension debemos representarnos todas las circunstancias de aquel viaje. Figurémonos que nosotros mismos acompañamos al Salvador, y entreguemos nuestro corazon á los sentimientos de la fe; pero sobre todo no olvidemos que nos han precedido diez y ocho siglos en la celebracion de esta fiesta²; procuremos recordar los ejemplos, la piedad, las piadosas lágrimas y los santos deseos de nuestros padres, y yo os fio que esta fiesta y esta procesion no serán para nosotros cosas indiferentes.

IV. Modo de celebrar dignamente la fiesta de la Ascension. — Sin embargo, este misterio, tan propio para colmar de alegría á los bienaventurados, ¿no ha de ser un motivo de tristeza para nosotros que

⁴ Serm. II in Ascens. n. 3.

² San Agustin dice positivamente que la fiesta de la Ascension procede de los Apóstoles. (Epist. LIV.)

hemos quedado huérfanos sobre la tierra? « ¿Qué parte me corres- » ponde á mí en esta solemnidad? » exclama san Bernardo¹. ¡Cómo! ¿olvidais acaso, gran Santo, que todos los actos de Jesucristo son dictados por su amor? Ved aquí los motivos por los cuales debeis alegraros:

1º. Jesucristo sube á los cielos para enviarnos el Espíritu Santo consolador, aquel Espíritu que debía regenerar el mundo del mismo modo que fecundó el cáos el día de la creacion. *Si yo no me fuere, dice Jesucristo, no vendrá sobre vosotros el Espíritu*². Si nuestro Padre nos priva de su presencia, no es para dejarnos huérfanos, sino para colmar nuestros corazones de los preciosos dones del Espíritu Santo; oremos, pues, y suspiremos para que el divino Consolador nos encuentre dignos de recibir sus inspiraciones; roguémosle que ilumine nuestro entendimiento y purifique nuestro corazon. Á la manera que la serpiente de Moisés devoró todas las serpientes de los Magos, el Espíritu divino ha de consumir todos nuestros apetitos é inclinaciones sensuales. En aquel gran día, digamos al Señor por nosotros y por todo el mundo: *Envia tu Espíritu, y todo será criado, y renovarás el semblante de la tierra*³; ¡mucho lo necesita esta por cierto!!!

2º. Jesucristo sube al cielo para abrírnos sus puertas, y prepararnos los asientos. Su victoria es completa: nuevo Adán, abre al género humano las puertas del cielo, cerradas por los crímenes del primer Adán. ¡Con qué noble orgullo ha de palpitar nuestro corazon! Tengo un lugar reservado en el cielo; sí, yo, pobre é infeliz criatura, que tal vez voy cubierto de harapos; yo, mendigo, pastor humilde ú oscuro labrador; yo, débil niño, desconocido, ó quizás despreciado de todo el mundo, ¡tengo reservado un lugar en el cielo! Demonio envidioso de la felicidad de nuestros primeros padres, vencido estás. Mira, nuestra naturaleza era maldita y condenada al oprobio, y de repente ha sido exaltada, y se le han abierto los cielos; éramos indignos de vivir, y somos llamados á la inmortalidad; esta naturaleza humana que tú habias degradado ocupa ahora en la persona de Jesucristo el primer lugar en el cielo, y lo que tú despreciaste es objeto de la adoracion de los Ángeles. Mira, repito, esa misma naturaleza humana que perseguías con encono y cuya ruina creías haber consumado, es ahora coronada en el cielo, ocupa tu lugar y el de tus malditos ángeles: ella está en el cielo, y tú en el infierno. ¡Alégrate ahora de tu envidia y de tus falsedades!

Así pues, en la persona de Jesucristo estamos al presente en pose-

¹ *Serm. III in Ascens.*

² Joan. XVI, 7.

³ Psalm. CIII.

sion del cielo, á donde subió en calidad de precursor; pero el precursor presupone á otro que ha de venir en pos de él, y este otro eres tú, soy yo, es todo el género humano, porque Nuestro Señor murió por todos los hombres.

3º. Jesucristo sube al cielo para guardar nuestros asientos. No contento con habernos facilitado el camino de la Jerusalem celestial, de habernos abierto sus puertas y preparado en ella los asientos, quiere además asegurarnos su posesion. ¡Qué hace en el cielo? Como protector nuestro, aboga sin cesar por nosotros. « Hijitos míos, decia » el Apóstol amado, esto os escribo, para que no pequeis. Mas si » alguno pecare, tenemos por abogado con el Padre á Jesucristo el » justo, aquel que ha derramado su sangre, no solo por nuestros pe- » cados, sino por los de todo el mundo⁴. » Pontífice eterno, nos reconcilia con su Padre mostrándole las señales de sus llagas impresas en sus piés y manos adorables; y luego, continuando en la tierra el sacrificio de su cuerpo y de su sangre, opónelo perpetuamente, como un escudo, á los rayos de la venganza divina. Primogénito entre sus hermanos, que somos nosotros, reivindica en favor nuestro sus derechos á la herencia paterna, cuya herencia le pertenece, como Dios, por naturaleza, y como hombre, por su sangre. El cielo, conquista suya, es tambien nuestro, porque lo ha conquistado para nosotros.

V. Armonía de esta fiesta con la estacion. — Sigamos al águila sublime que se remonta hoy á los cielos: nosotros somos sus polluelos; ved como extiende sus alas, convidándonos á cobijarnos en ellas para llevarnos consigo. « Mas acordémonos, dice san Agustin, de que » el orgullo no sube al cielo con el Dios de la humildad, ni la avaricia con el Dios de la pobreza, ni la molicie con el Dios de los dolores, ni la impureza con el Hijo de la Virgen, ni los vicios con el Padre de las virtudes. » Elevemos, pues, nuestros corazones; despeguémonos de todas las aficiones que nos degradan; subamos, subamos siempre; toda la naturaleza nos convida á ello y parece que quiere tambien subir al cielo. Y sino, mirad al rededor vuestro en la época de la Ascension: millares de pájaros salen de sus nidos y emprenden su primer vuelo hácia los cielos; las plantas levantan sus tiernos tallos á lo alto; los árboles empujan sus nuevos ramos hácia el cielo. ¡Arriba, arriba los corazones! nos grita toda la naturaleza.

San Agustin descubre aun otra armonía entre la fiesta de este día y la estacion en que se celebra. « Dios, autor de la naturaleza y de » la gracia, dice aquel gran Doctor, quiere establecer alguna relacion entre los misterios de su Hijo y las estaciones del año. El Redentor viene al mundo cuando los días son mas cortos y empiezan » á alargarse, para significar que encuentra al mundo en medio de

⁴ I Joan. II, 1-2.

» las tinieblas, y que él viene á traerle la luz. Muere y resucita durante el plenilunio del primer mes: entonces este astro, que con sus mutaciones nos representa la inestabilidad de las cosas terrenas, está del todo oscurecido por la parte que mira al cielo, y brilla con toda su luz por la parte vuelta hácia la tierra; pero luego empieza á apartarse de la tierra y á aproximarse al sol, para volver toda su cara luminosa á la parte del cielo.

» Este espectáculo está en perfecta armonía con la muerte y la resurrección del Salvador, en virtud de las cuales nos elevamos hácia el cielo y hácia el Sol de justicia, cuanto nos habíamos inclinado hácia la tierra. El Hijo de Dios subió al cielo, y envió el divino fuego de su Espíritu Santo en aquella época del año en que el sol está en su apogeo, es decir, en la mayor elevación y á su mayor distancia de la tierra: nueva armonía que nos recuerda que Jesucristo, después de haberse elevado de la tierra, derramó sobre el mundo las más ardientes llamas de su caridad ¹. »

Estas admirables relaciones, cuya realidad advierte todo entendimiento reflexivo, se prueban además por la analogía de las leyes divinas. En efecto, supuesto que el autor de la gracia es también criador de la naturaleza, ¿no convenia que pusiera en armonía esas dos grandes obras, para que los cambios que sobrevienen en la naturaleza, y el mismo espectáculo del universo, lejos de distraer nuestro entendimiento, lo fijaran en las verdades de la Religión? Si á esta observación se añade lo que dijimos acerca de la historia del género humano, se inferirá que la naturaleza, la historia universal del género humano, y la economía de la Iglesia, son tres libros maravillosos entre los cuales existe una magnífica armonía; libros sencillos y sublimes á la par que se corroboran mutuamente, y en los cuales Dios ha escrito con caracteres de fuego todo lo necesario para apartar nuestros pensamientos y afectos de este mundo, y elevarlos al cielo con Jesucristo ².

VI. Origen de esta fiesta. — La fiesta de la Ascension es de origen apostólico, y en los primeros tiempos de la Iglesia hacíase ya la procesión que se celebra aun hoy día en memoria del viaje que Nuestro Señor y los Apóstoles hicieron al monte Olivete, donde el divino Maestro bendijo á sus discípulos y se ausentó de la tierra en su presencia ³. Esta fiesta es el complemento de todas las solemnidades de Nuestro Señor, y el feliz término de su peregrinación por la

¹ Apud Thomas. lib. II, n. 10.

² Id. ibid. n. 10 et 11.

³ Illa autem quæ non scripta, sed tradita custodimus, quæ quidem toto terrarum orbe servantur, dantur intelligi vel ab ipsis Apostolis, vel plenariis conciliis, quorum est in Ecclesia saluberrima auctoritas, commendata atque statuta retineri, sicut quod Domini Passio, Resurrectio et Ascensio in cælum et adventus Spiritus

tierra ¹. Lo mismo hemos de hacer todos nosotros: como hijos de Dios, debemos volver á Dios: en estas palabras se resume toda nuestra vida.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber subido al cielo para abrirme las puertas y prepararme un lugar en él; bacedme la gracia de que algun día pueda reunirme con Vos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, miraré con frecuencia al cielo y diré: *Allí tengo yo reservado un lugar.*

Sancti anniversaria solemnitate celebrantur, et si quid occurrit, quod observatur ab universa, quacumque se diffundit, Ecclesia. (S. Aug. *Epist. XLIV.*)

¹ Consummatio et adimpletio est reliquarum solemnitatum, et felix clausula totius itinerarii Filii Dei. (S. Bern. *Serm. II de Ascens.*)